
González, D. B. (junio, 2019). "El coraje de la literatura en *Clara y el hombre en la ventana* de María Teresa Andruetto y Martina Trachtenberg". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 8 (4), pp. 160- 179.

Título: El coraje de la literatura en *Clara y el hombre en la ventana* de María Teresa Andruetto y Martina Trachtenberg

Resumen: En el presente trabajo se aborda la obra *Clara y el hombre en la ventana*, de la escritora María Teresa Andruetto, ilustrada por Martina Trachtenberg (2018), CABA, Ed. Limonero. *Clara y el hombre en la ventana* se presenta, en el devenir de la historia literaria para niños y niñas, como una obra que evidencia un cambio en la definición de las infancias. A la vez, se encuentran en ella umbrales que permiten un ir y venir hacia y desde posturas muchas veces dadas por inamovibles. Y, finalmente, pone en tensión la perspectiva de género, aliviando las miradas para diluir las opresiones de quienes deciden la disidencia como libertad para sus vidas.

Palabras clave: literatura, infancias, género.

Title: *The courage of literature in Clara and the man in the window of María Teresa Andruetto and Martina Trachtenberg*

Abstract: *Clara and the man at the window appears, in the evolution of literary history for boys and girls as a work that shows a change in the definition of childhoods. At the same time, there are thresholds that allow a coming and going to and from postures often given by immovable. And, finally, it puts the gender perspective in tension, easing the eyes to dilute the oppressions of those who decide the dissidence as freedom for their lives.*

Keywords: *Literature, childhood, gender.*

El coraje de la literatura en *Clara y el hombre en la ventana* de María
Teresa Andruetto y Martina Trachtenberg

Delia Beatriz González¹

Para María Teresa Andruetto y Martina Trach

La infancia como producción histórica, institucional y material

Para la lectura de este libro álbum recupero tres temas:

- a) Las transformaciones históricas en los modos de definir las infancias.
- b) La figura literaria del umbral y su presencia en diversas narrativas contemporáneas.
- c) Narrativas desde la perspectiva de género, debates, disputas en diferentes espacios, las familias, las resistencias, las luchas. Las identidades: modos de ver y participar en el mundo.

Recorro ese camino a partir de esta pregunta de Inés Dussel (2004): ¿Qué es la infancia? Me resulta fecundo unir ese interrogante al que se hiciera nuestra querida Liliana Bodoc en las jornadas Jitanjáfora (2016), realizadas en Mar del Plata Bodoc pronunciaba, retomando la voz de Bertol Brecht, este verso: “¿Qué tiempo es este en que hablar de los árboles parece un delito?” (s/d).

Es posible ligar estas preguntas porque ambas indagan acerca del ser y del hablar sobre objetos, seres vivos y sujetos discursivos, en tiempos del oprobio, tal como rezaba el lema de aquellas jornadas en las que se despidió para siempre, sin saberlo aún, la entrañable escritora.

Ambas indagan en algunos acontecimientos acaecidos en la historia de la humanidad, ligados con las infancias y sus literaturas. Sucesos que pasan veloz y líquidamente, como si el viento revoliera las hojas de un libro, sin que podamos - queramos- detenernos para repensar una y otra vez acerca de eso que no es obvio, sino

¹Profesora Asociada Exclusiva a las Cátedras Comprensión y Producción I y Lit. Hispanoamericana II (Universidad Nacional de San Juan). Directora Programa de Investigación de Literaturas para Infancias y Juventud (PILIJ). Correo electrónico: vidales60@gmail.com

que determina la vida misma, su continuidad sobre la faz de la tierra y un ansiado tiempo circular en donde el reconocimiento de las alteridades pudiera haber llegado a ser un principio, un derecho imposible de substraer...

Como preguntarse, del mismo modo, sobre tantas naturalizaciones ante las que bajamos la cabeza, o esquivamos la mirada para no hacernos responsables del pasado, del presente y del futuro.

De estos modos, los niños y las niñas han transitado por las calles del planeta, en soledad, violencia y destrato, desde épocas remotas, abrumados por la hegemonía de aquellos y estos tiempos.

Esa hegemonía sentenciaba y –sentencia- casi el ciento por ciento de decisiones por ellos y ellas. Así, entre otras aberraciones, lxs niñxs² eran enviados a trabajar a pesar de la fragilidad de sus pequeños cuerpos, de sus hambres y fríos, de sus miedos, de la ausencia de palabras para nombrarse y nombrar lo que sentían/sienten ante un acontecer inexplicable, cruel, caótico, obligados a abastecer a una familia que no representaba el bucólico nido trasegado en múltiples discursos, como si esos hogares proveyeran aquellas mesas de la abundancia de los cuentos tradicionales y no los mendrugos finales y expulsos de Hansel y Gretel . Esos hogares, lejos de constituir un lugar de empatía, eran y -siguen siendo- sitios violentogénicos³.

Dussel (2004) profundiza sus inquietudes al recuperar esa trágica condición de las infancias, de esas niñas que, apenas haber pasado por la primera menarca, eran entregadas al señor feudal para reproducir el número de esclavos, con el fin de enriquecer las arcas de esas ¿clases altas? Y así sus madres, en silencio obligado y

² La decisión de consignar “x” para el género responde a la necesidad de mostrar la problemática del uso del masculino, tal como lo sostiene Monique Wittig, cuando analiza el funcionamiento de los pronombres en el lenguaje y el uso por parte de lxs hablantes. Afirma la autora: “Por tanto, en lo referente al género, no sólo es importante separar de la gramática y de la lingüística una categoría sociológica que no osa decir su nombre: es también muy importante considerar cómo funciona el género en el lenguaje, cómo el género actúa sobre el lenguaje, antes incluso de considerar cómo actúa sobre quienes lo utilizan”. (Wittig, 2006: 105).

³ Rita Segato hace uso de este término para denunciar a la familia como uno de los lugares en los que más naturalizadamente se llevan a cabo actos violentos, sitio en donde germinan conductas que destruyen la empatía y, en consecuencia, el tejido social. Es fecundo abreviar en sus planteos porque recuperan la conciencia sobre una cotidianeidad peligrosa que va minando la identidad de los sujetos. Por otra parte, la autora invita a mirarnos en el espejo de la reina mala, en ese que nos dice la verdad sobre quiénes y cómo somos con lo que hacemos y les hacemos a los demás. Es decir, aúna sus investigaciones antropológicas con la literatura para niños y niñas, cuando en la mayoría de sus conferencias, y especialmente en *La guerra contra las mujeres* (2017) hace referencia al citado ejemplo y utiliza el término violentogénico/a.

humillante, con el recordatorio del trayecto que ellas mismas habían ya recorrido de la mano de sus tristes madres, debían conducir, esta vez a sus niñas, desde el hogar humilde hasta el castillo donde su hija era palpada como una potranca, por el señor feudal, en sus partes íntimas, de manera pública, mano sucia que untaba sus dedos con la primera e inocente sangre menstrual.

Entonces es cuando podemos considerar que no se aleja de la verdad la cualificación de la familia como origen de múltiples violencias y tracciones, ya que en ella se traman arbitrariamente los destinos, sin que haya lugar, muchas veces, para la réplica y defensa por parte de los protagonistas indefensos.

De modo que, hablar de los árboles, de los niños y niñas, recorrer ese tiempo para recordar las heridas que procuró la historia, el devenir y sus políticas, no constituye un delito, sino un acto necesario, de reparación, de cuestionamientos indispensables.

Junto con Dussel (2004) y Bodoc (2016), muchos estudiosos han dedicado sus preocupaciones a mirar y deconstruir esas naturalizaciones. Entre ellos, el fotógrafo social y sociólogo vocacional, Lewis Hine (1874-1940), que mostró estas infancias en numerosas tomas, no muy conocidas (ver figura 1).

Hine, afirma Rebeca Pardo (2014), demostró que no es lo mismo decir en un periódico que los niños y niñas trabajaban en condiciones deplorables, que mostrarlo con una fotografía. Esta última movía a la opinión pública por encima de las posibilidades de cualquier texto en aquella época.

¿Ha cambiado algo desde esos principios de siglo XX hasta el presente, me pregunto?

Pardo continúa afirmando que hemos de pensar que en aquel tiempo no era tan frecuente hacer fotografías ni los medios estaban tan profusamente ilustrados como hoy (ver figura 2). Quizás por eso una imagen valía más que mil palabras...

Hoy, me temo, nos hemos acostumbrado demasiado a nuestra dosis diaria de dolor, injusticia y barbarie cotidiana como para que algo nos afecte. Así que, de este modo, con sus imágenes, Hine persuadió a la opinión pública de su tiempo. Sus fotografías facilitaron o contribuyeron a que se hicieran leyes relacionadas con la seguridad laboral o el trabajo infantil. ¿Qué dicen estas imágenes sobre las nuevas narrativas de infancia que emergieron a principios del siglo XX? Mirar con detenimiento los regímenes visuales sobre ella puede ayudar a poner en evidencia la continuidad de

ciertas formas de imaginar y de presentar la niñez que, aunque con otra retórica, sigue teniendo fuerza en nuestro presente.

Por ello es que Dussel (2004) insiste en sus preguntas: ¿Es niño o niña quien trabaja desde chico en la calle, o quien ya es madre o padre? ¿Es adulto quien sigue dependiendo de sus padres y se considera o posiciona en una situación de minoridad respecto a otros seres humanos? ¿Dónde entran los kidadults, esta nueva categoría de jóvenes mayores de 20 que siguen considerándose niños y niñas? ¿Dónde entra la infancia hipersexualizada o volcada muy tempranamente al mercado de consumo? ¿Hay algo que sea 'infancia', o tiene que ver con cómo la miramos? Lo cierto, ante estas cuestiones, es que sobrevuela una evidencia: niños, niñas, jóvenes, kidadults son el objeto de deseo de un disciplinamiento que si bien no tiene la misma brutalidad que hace unos siglos, sigue siendo, no obstante, sutil, demoledora y arrasadora de las elecciones identitarias de los mismos.

La familia actual está escolarizada en un grado superior al de hace 50 o 100 años, continúa Dussel; decir que la familia es lo opuesto a la escuela es negar que las formas de pensar, conocer y hablar se han visto profundamente modificadas por la difusión de la escolarización. Lo mismo podría decirse de los medios: las revistas y audiciones radiales para educar a los padres y las madres fueron, desde los años '20 en adelante, centrales para ir difundiendo ciertas formas de ser padres y criar a los hijos, en muchos casos basados en preceptos de pediatras y psicólogos pero también de ideales o tradiciones religiosas o políticas.

La familia no es una institución aislada de otras dinámicas sociales y culturales, sino que fue y está profundamente atravesada por los medios, la escolarización, los nacionalismos, la política y la religión, entre muchos otros factores. La infancia, entonces, no es el resultado de la acción independiente de distintas agencias o instituciones, sino un punto de confluencia de líneas o trayectorias que se cruzan y que en el camino se van redefiniendo.

La noción de infancia es, define Dussel (2004), relacional, es decir, se establece en el vínculo con artefactos, personas, agencias o instituciones, que van configurando sus formas de hacer, pensar y sentir. Esta perspectiva lleva también a cuestionarse en qué medida se puede hablar de "la infancia" como un concepto único, o si no se trata de pensar en infancias, en maneras diversas de experimentar un período de la vida que

no se define (solamente) por la edad cronológica sino que están atravesadas por los mundos de vida en los que nos movemos.

Marco teórico metodológico

Es posible, por otra parte, leer este panorama, y el texto de María Teresa Andruetto escogido, desde la propuesta del semiótico Algirdes Julien Greimas (Latella, 1995), quien propone mirar nuestras agencias narrativas retomando el modelo semiótico.

El autor considera que la semiótica es una forma de hablar del hombre, de su relación con el mundo en el que se encuentra y sobre el cual actúa, y de las relaciones interhumanas fundadoras de la sociedad. Su campo de acción es el análisis del discurso. El relato, el discurso, es el simulacro de situaciones sociales y es, por lo tanto, el lugar privilegiado en donde el investigador puede estudiarlas. Afirma, por otra parte, que la vida puede concebirse como proyecto, realización y destino. Mediante la síntesis que el autor hace de las investigaciones de Vladimir Propp (1971), reduce a seis las más de treinta funciones de los cuentos folklóricos rusos. Y con esta síntesis se propone comprender la lógica de los recorridos narrativos. Es posible, entonces, examinar esta situación histórica, política, social, psicológica, de la siguiente manera:

La sociedad de todos los tiempos se ha erigido en mandante/destinador de los niños y jóvenes (también de los más débiles, de los pobres, de las mujeres y de un infinito marginal, etc.). Es decir, los ha tomado como destinatarios de sus propios deseos. Así, estos últimos son sujetos de hacer, para apropiarse de los objetos de deseo de esa sociedad: la disciplina, la homogeneización, el borramiento de las singularidades, el silenciamiento de las voces particulares, la obediencia incuestionable. En ese recorrido, el destinador/mandante ha contado/cuenta como ayudante a la misma sociedad, a gran parte de esa sociedad, a sectores poderosos que detentan sus verdades y las imponen a su libre arbitrio. Grupos que han considerado incompetentes a los niños, niñas y jóvenes, razón por la cual tomaron decisiones sin considerar qué esperaban o esperan ellos y ellas para sí mismos o para sus mundos.

Como oponentes podemos encontrarnos con otros grupos, reducidos, que estudian, reflexionan, consideran, vuelven a pensar en qué es el discurso poético, cómo mediar entre él y esos jóvenes, pero considerándolos como destinadores protagónicos y usuarios capaces de recibir esos bienes materiales e inmateriales, la literatura como

una donación en la que pueden actuar con experticia y transmitirla a las futuras generaciones.

Si tomamos un ejemplo de la narrativa tradicional para acercarnos aún más a esta propuesta de lectura, Caperucita Roja (1984), vemos que se repite el anterior programa narrativo. La niña, sujeto del recorrido actancial, es enviada por la madre destinadora/mandante, a la casa de su abuelita destinataria para la provisión de alimentos. La desobediencia de la pequeña, sujeto de hacer y de conocer, es un oponente puesto que la pone en contacto con el lobo, otro actante y oponente más que obstaculiza sus deseos para su propio beneficio. Y finalmente nos encontramos con un ayudante masculino, el leñador, quien viene a recuperar la libertad de nieta y abuela.

Caperucita transita su camino con el ánimo de explorar, de conocer mediante los sentidos el aroma de las flores y sus formas sutiles, recoge un manojo, porque desea llevar otro presente, además del que ha preparado su madre. Observa, es curiosa, quiere saber. Aunque esto es castigado. Debe obedecer, debe ser disciplinada, ya que si no lo hace, será devorada por este animal que hiperbólicamente tiene rasgos desmesurados, de ojos que todo lo miran, como un gran hermano panóptico.

Se ha leído este relato según múltiples claves. Creemos que mirarlo teniendo en cuenta esta perspectiva pone en evidencia el sometimiento gestado, incluso a partir de los mitos de creación de las diferentes culturas. Eva comió del árbol de la sabiduría y fue arrojada del Edén. Un rasgo en común de los mitos fundacionales es el sometimiento femenino con sus correspondientes atribuciones de dones negativos: dependencia, fragilidad, ignorancia, incapacidad, sometimiento, sujetos castigables, silenciados.

Clara, como los héroes clásicos, acepta el mandato y se entrega a su destino. Quizás sea derrotada en el trayecto, o quizás regrese a su comunidad engrandecida, para compartir los bienes recibidos y para engrandecer a su vez a sus congéneres. Clara supera las pruebas calificantes, decisivas y glorificantes. Por ello retorna con el coraje que ha hecho germinar en quienes habían clausurado sus vidas.

Así es como proceden los héroes o las heroínas, haciendo una donación de sí mismos. Es notable que esta protagonista niña, que ama escribir, dibujar y leer, sea la que ha elegido Andruetto para llevar a cabo los programas narrativos que la pondrán en conjunción con deseos propios y ajenos. Más interesante aún que sea ella la que hace posible que el hombre en la ventana recupere su libertad, y vivifique su valentía para

estar en la luz del mundo, investido de un nuevo destino, la libertad que deviene del diálogo social. El hombre que mira desde la ventana, que se ha alejado de lo social, gracias a esta niña astuta se convierte en otro. El hombre que sale al mundo.

Es importante destacar que también se produce un desacople en relación con el concepto de héroe. No se trata de contar con súper poderes para atravesar el mundo en nanomilésimas de segundos, ni de disolver con la mirada las montañas. Los valores son humanos, y como tales, gozan de la grandeza de comprender al otro. Tienen la calidad de salirse de sus propios zapatos para calzarse el dolor ajeno. La virtud de pensar más allá de los propios deseos y necesidades, posponer la necesidad del dinero porque hay algo más trascendente que alcanzar, el bien ajeno. Se construye un héroe o heroína que todos podemos llegar a ser. No como los otros, que nunca seremos.

Historia de las narrativas infantiles (jamás pueriles)

Por otra parte, advertimos, junto con Dussel (2004), que en la historia de las narrativas se entretajan las tecnologías, las relaciones sociales, las formas culturales, los cambios en los medios, entre otros aspectos. Las narrativas condensan, de estos modos, climas de época, y se conforman y circulan en soportes particulares, que también definen sus significados. Pensamos, por ello, en ciertos umbrales textuales, en el sentido de que se han producido y se producen ciertos desacoples o desajustes en las producciones artísticas. Entre la imagen visual y la realización lingüística, por ejemplo o en los efectos de territorialidad y de comprensión de las variedades del código con que un mismo texto es leído en las distintas sociedades del mundo.

En las primeras producciones para niños, el *Ars Puerilis* de Beato Raimundo Lulio (Ramón Llull, 1233-1315), por ejemplo, se observa un trabajo cuyos efectos perseguían el didactismo moral, pedagógico, religioso. Dedicadas a los niños y sin embargo para ellos incomprensibles porque esas representaciones tenían que ver con referentes a veces diabólicos, que más atemorizaban que podían siquiera educar.

Posteriormente, un pequeño salto va desde la transición de la palabra-didáctico moral a la palabra lúdico-estética. No obstante, los destinatarios eran los niños ilustres, los nobles, infantes... ¿quiénes son entonces los y las niñas? Otro desajuste en la lógica del adulto y en la comprensión del niño y la niña. Aunque, es necesario aclarar que el entretenimiento en sí mismo era mal visto. Si bien, con Erasmo, Rabelais y Montaigne

puede apreciarse ya un trato más humano, menos represivo en los brutales métodos de enseñanza de la época (S. XVI y XVII).

¿Por qué pensamos en un desacople? El territorio de las infancias es desconocido, o percibido como espacio de conquista y colonización. ¿Qué ha originado este desajuste entre la imposibilidad de pensar en el deseo del otro? ¿No hay acaso un cierto pudor en la revisión acerca de quiénes eran, quiénes somos, qué es la verdad, las verdades y para quiénes son válidas, si es que existen y cómo lo hacen?

Estas limitaciones produjeron un estancamiento debido a los condicionamientos pragmáticos derivados de la rígida intencionalidad moralizante o didáctica, por un lado. Luego vendría otro mal o fantasma, según lo afirmado por Graciela Montes en *La Frontera Indómita* (2012): el libro infantil como objeto comercial y como eslabón de una planificación lucrativa dirigida interesadamente por los expertos del mercado; expertos que dictaminan aún hoy hasta los tipos de letras que, piensan, les gustan o no a los niños y niñas. Así también lo plantea Isol Misenta (2018), en relación con la consideración negativa de los jurados en distintos concursos en los que la ilustradora se presentó, sobre sus personajes, a quienes catalogaban como locos.

Hay, como vemos, una supresión del sujeto niño, niña y joven. Una anulación en pro de la visión de un adulto autocentrado, tiránico y egocéntrico. La actitud del hacer persuasivo de cualquier discurso didáctico moralizante, con la pretensión de modificar las conductas o de ejecutar una intencionalidad, implica siempre un menosprecio de la competencia del destinatario para generar sus propios significados. De ahí que tal actitud signifique una represión de la creatividad y una anulación del poder múltiple de lo imaginario e, incluso, de la estética misma.

Por fortuna, mucha agua ha pasado debajo del puente y nos encontramos (haciendo una gran elipsis temporal), con otras propuestas. Ellas constituyen un giro literario, un giro poético...y las categorías del pasado (en general) van siendo superadas.

El coraje de Clara y del hombre en la ventana

Saltamos muchos umbrales para arribar al presente con el propósito de revisar esta propuesta narrativa de nuestra querida escritora, María Teresa Andruetto, de cuya producción seleccionamos *Clara y el hombre en la ventana*, de reciente publicación (noviembre de 2018).

La obra constituye un libro álbum ya que imagen y palabras no se subordinan entre sí, sino que multiplican y potencian la fábula, haciendo explotar desde el silencio de las páginas frugales, semivacías, con esquivos elementos focalizados desde distancias y lejanías, hasta enunciados breves, lacónicos, escuetos y por ello mismo, cargados de una multiplicidad de sentidos, laberintos en los que se transita descubriendo los escondidos secretos que las autoras nos regalan.

Así, asistimos no ya a un servilismo de la imagen hacia la palabra o viceversa, ni un paralelismo literal y redundante entre ambas, cuya intención, en las primeras épocas (y lamentablemente en muchas obras contemporáneas), apuntaba a una explicitación sobrecargada de lo dicho, por desvalorización del destinatario: los niños y niñas, los jóvenes. Es lo que Cecilia Bajour (2017) denomina verborragia e imagorragia. Todo explicitado y explicado, todo claro, todo aclarado. Casi una obscenidad, podríamos decir.

Por el contrario, en el cuento seleccionado, no hay didactismo ni moralización. No hay un señalamiento del camino a recorrer. Tal vez sí una invitación a salir de la oscuridad y a investirse de coraje para ello.

Aquellas imágenes y aquellas palabras no buscaban un narratario que se hiciera competente en el recorrido semionarrativo que constituye el acto de leer. No lo construían para que pudiera hacerse signo discreto, singular y fecundo en las páginas. En consecuencia, no lo liberaban de sus ataduras ni despertaban sus capacidades y competencias comunicativas, culturales, psicológicas, léxicas, enciclopédicas, en síntesis, tal como lo propone Umberto Eco (1993).

De modo que aquellas primeras ofertas, si bien comenzaron a tomar en cuenta a niños y niñas, seguían siendo ideologías proteccionistas, aleccionadoras, dogmáticas y pedagogizantes. En consecuencia, la función poética propuesta por Jakobson (1963) quedaba disuelta, lavada por un lenguaje de mero intercambio, moneda de compra venta, pura ilusión fraudulenta de una literatura para calmar las conciencias o para llenar los bolsillos.

¿Por qué tanto retaceo de un lenguaje cuyas virtualidades podían ofrecerse como una más de las maravillas del mundo?

En tal sentido, Iuri Lotman, citado por Luis Sánchez Corral (1995), habla del lenguaje literario afirmando que este permite la máxima construcción de sentidos a través de una alta codificación de su materialidad formal.

Si apreciamos tapa y contratapa de *Clara y el hombre en la ventana*, es posible hipotetizar que nos encontramos en un pueblo, cuyo color arena, o tierra barrida por escobas de pichanas, entre marrón claro, amarillo, viento del sur que inclina las sombras del personaje hacia el norte. Este personaje es una niña que carga una canasta desde la que sobresale una pequeña torre de algo impreciso. Ya estamos habilitados desde el umbral del texto a pensar, ya somos narratarios competentes. La imagen nos provoca, nos convoca. Pensamos, pues, que podrían ser pilas de diarios u hojas en blanco, aunque descartamos...porque para la pequeña sería demasiado peso para transportar por un camino largo...Entonces, ¿podrían ser trozos de masa de pizza ya cocida y sin salsa, leudadas y blancas? Quizás...aunque esta se secaría, o al menos debería ir cubierta por una gran servilleta a cuadros, que no está. ¿Y si pensamos en suaves telas?, ellas sí conjuntan la cualidad de ser livianas, de poder doblarse en rectángulos, de poder apilarse. De modo que aquí, mediante el recorrido de esta materialidad formal, hemos logrado que nuestro pensamiento, y el de niños y niñas, acompañado de variadas preguntas en una plena conversación literaria y estrategias didácticas y mediadoras, se internen en un mundo complejo aunque posible de ser aprehendido.

Observamos, por otra parte, la presencia de árboles y un edificio hacia el norte. Todo se ve aparentemente deshabitado, hay distancias que parecen inalcanzables y un cierto aire de encierro...

La contratapa es ocupada en su centro por cuatro libros, de un tamaño que va en aumento, en gradación creciente de mayor a menor; y en la lejanía, nuevamente el edificio, ahora empequeñecido, mirado desde una distancia más extensa que la de la tapa. Nuevamente, los árboles, la distancia, el cielo, los contrastes en los tamaños, en las luces y en las sombras...

Evidentemente entre estos dos portales del texto, hay un recorrido que inicia y concluye una niña, sin que sepamos más que esto. Qué ha sucedido o qué sucederá en ese espacio, hacia dónde se dirige, para qué, por qué no se nos presenta el hombre en la ventana que promete el título, dónde está, en qué ventana...todos son enigmas si vamos despacio, si iniciamos la lectura antes de abrir el texto.

Se deja a nuestras posibilidades imaginativas y a nuestro deseo también el inicio de la construcción de la historia a la que vamos a ingresar.

En consecuencia, la práctica literaria se ofrece como un fin en sí mismo y se constituye indirectamente en un instrumento privilegiado para desarrollar todas y cada una de las habilidades lingüísticas de los sujetos, según el mismo Lotman.

Este cuento nos convoca a completar gran parte de las primeras páginas. Aportamos significados mediante la puesta en marcha de nuestras habilidades lingüísticas que nos permiten describir el paisaje. Debemos recuperar nuestro repertorio enciclopédico porque aquí hay imágenes que dicen pero lo hacen en una realización no lingüística sino visual. A este espacio estamos invitados para celebrar la colaboración y cooperación con el texto.

Ingresamos en el discurso, y nos encontramos con un epígrafe sobre el margen izquierdo de la página, en la parte superior del pueblo, que expresa: “Esta es la historia de mi madre y su amigo Juan, de cómo ella descubrió los libros, y él la luz del día.”(Andruetto, 2018, s/d).

Ambas páginas representan un pueblito soleado, con casas dispersas y alejadas entre sí. Los pocos animales se guarecen bajo la sombra de los árboles. Todo es focalizado desde una lente panorámica, distante, que empequeñece casas, mesas, gallinas, personajes, que pareciera apartarnos de ese pueblo. Cuando avanzamos, la focalización se aproxima a una casa. En ella descubrimos a una mujer que suponemos lava, y a una niña que juega. Aún todo es casi imperceptible o difuso, pero el pueblo comienza a acercarse, se nos hace más familiar, más hospitalario, está como dispuesto a permitirnos habitarlo, presumimos.

Continuamos y las siguientes páginas se hacen cargo de dos relatos. En la primera confirmamos que la mujer efectivamente está lavando, la ropa está colgada, hay un canasto en espera, y la niña dibuja sobre la tierra con una ramita. Las gallinas escarban buscando lombrices. En la otra página se nos representa metonímicamente la madre con sus manos sobre la tabla de lavar, la espuma blanca teje una puntilla alrededor de la pileta y de las manos; la ropa se encuentra en un proceso de transformación gracias a la suavidad y firmeza de esas manos laboriosas. Ya nos es posible reconocer los rasgos de la pequeña, su cabello y sus zapatitos curiosamente rojos. La niña continúa, en compañía del trabajo materno, dibujando con su ramita, sobre la tierra.

El lenguaje poético procura y anima el desarrollo de la imaginación y de la creatividad, mediante la ampliación de las experiencias personales, continúa Lotman.

Por ello, recién ahora se nos presenta una formulación lingüística, de parte de la madre, que se dirige a su hija. Debe llevar la ropa al señor que habita la casa grande. Evidentemente podemos recordar, intertextualmente, a aquella otra niña, la que llevaba una caperuza roja en la cabeza. Aquí, en cambio, el rojo se traslada hacia los pies, hacia el andar. Ambas reciben un pedido, el llamado que el héroe/heroína no desoye, podríamos recordar. Ambas llevan una canasta a otro sujeto.

La niña protagonista (si volvemos al epígrafe, recordamos que esta es la historia de la madre de nuestra escritora, María Cleofé, que es a la vez Clara, la hija de esa lavadora sin nombre). En consecuencia, esta historia también es la historia de la mamá-niña de la escritora, y de su abuela, la que lava, la que saca la suciedad. La pequeña es entonces la hija de esa lavadora cuyo nombre no aparece.

Sus nombres se superponen: Clara + María Cleofé. Es casi una propuesta metaficcional. Abuela, madre-hija-nieta (Andruetto es aquí la bisnieta de la lavandera, y quien firma el epígrafe) son las que echan a andar todo el relato, dispuesto en capas superpuestas que mezclan personajes de la realidad y del discurso literario. Este es otro desafío que cuestiona nuestra ilusión realista, aunque la niña en el relato, como dijimos, lleve por nombre Clara, la que aclara lo oscuro del lenguaje.

Nuestra experiencia lectora es la que nos posibilita recuperar intertextualmente la otra historia, la del disciplinamiento, la de la obediencia, la de la sumisión. La estrategia de entretelar las historias nos dice que hay un tesoro de información, de conocimientos, un sitio en donde los relatos están guardados, en una memoria común, para abreviar en ellos, para cuestionarlos, para sesgarlos, para imprimirles otra singularidad y también para recuperarlos. Sólo a los lectores cuyos mediadores les ha sido mostrado el territorio infinito de la literatura y de sus recursos, les será posible tomar el hilo y anudar ambos discursos. Y aunque así no fuera posible, es la ocasión para ofrecer un ritual iniciático, sin simplificaciones reduccionistas, dando ocasión al debate. ¿Por qué y para qué la autora recobra aquel viejo cuento en este siglo XXI?

Este lenguaje contribuye al sentido estético y propicia la reflexión crítica ante un discurso altamente cualificado, precisamente porque en el texto artístico no existe ningún elemento formal dessemantizado, reafirma Lotman.

En la página que sigue, la niña recibe tres órdenes que podemos relacionar con las conocidas tres pruebas que permitirán al personaje/héroe/heroína de la narración,

saber que está calificado para iniciar el trayecto, atravesar posteriormente la prueba decisiva y luego llegar a la prueba glorificante, en la que será sancionada positiva o negativamente, en virtud de su hacer performativo.

Se nos presentan cinco imágenes de la niña de zapatos rojos en marcha hacia su destino. De esta representación es posible concebir las distintas situaciones de la trayectoria que va desde su casa hasta la del hombre en la ventana, y de lo que sucede en la misma. Una figura en negativo de la pequeña nos dice que se produce una distracción, una desobediencia a los pedidos maternos, puesto que sus ojos vuelan junto con los pájaros del cielo...Y luego de ello pareciera que recuperara los deberes a cumplir para emprender nuevamente el camino.

El discurso poético nos ofrece modelos de estrategias comunicativas sistemáticas y rigurosas, eliminando cualquier arbitrariedad de los signos. En las páginas que siguen la madre informa a Clara acerca de la conducta del hombre, las rutinas del trabajo de entrega de ropa limpia y de la paga correspondiente. Lo vemos, como antes a la niña, en una especie de negativo, sentado, al lado de una silla vacía, y rodeado de una enorme biblioteca. El sujeto no tiene rostro, es ingrátido por ahora, y todo lo que lo acompaña son objetos, aunque hay algo vivo, las plantas que adornan diversos sitios junto con los libros, que en su interior atesoran la multiplicidad de las formas literarias y sus respectivos contenidos. Si hay una silla vacía, es seguro que alguien estuvo allí. Y lo que queda de ese alguien es la ausencia, y un fondo en todas las páginas, con marca de agua, que son las figuras de una naturaleza suave y vital, en la que proliferan las hojas, las flores, las plantas llenas de vida.

El lenguaje de la literatura hace posible la participación activa del Destinatario transformando al sujeto activo, es decir, en Destinador de sus propios significados. A lo largo de sucesivos encuentros (que no se explicitan, pero que inferimos), la niña y el hombre entablan conversaciones...desde un asomarse mutuo, desde una curiosidad por el otro. A continuación un narrador a partir del margen de la historia afirma que este hombre no sale de la casa...y no puede ver la luz. Oscuridad, cerrazón, soledad... ¿Qué habrá ocasionado este lugar de reclusión espacial en un pueblo con tantas distancias, con tanta amplitud para recorrer y conocer? Hay un misterio que develar, un desafío que conquistar. De lo contrario, ¿qué haría interesante esta obra?

A continuación, en un discurso mimético, se produce el primer diálogo entre los personajes. El pregunta por el nombre. Ella pregunta por el encierro. El nombre es Clara...con sus infinitas significaciones y simbolismos. Y el encierro, la clausura de una vida, el fin de un destino, de un proyecto. Una antítesis. ¿Se resolverá? El hombre que abre la ventana, pone en marcha el ciclo de nuevos caminos que se reestrenarán.

Todo esto es posible gracias a que como lectores nos hemos hecho destinadores de esta historia, y queremos comprenderla para poder pensarla y sentirla, y la sentimos y la pensamos con esas significaciones que nos han ido transformando a lo largo de la vida en seres perceptivos, empáticos y amorosos.

La literatura hace posible que cada lector disfrute de la posibilidad de construir los significados según sus propias competencias interpretativas, continúa afirmando Lotman. El diálogo no se cierra, va extendiéndose a lo largo de los días. Los personajes ahora se nos presentan en primeros planos y nuevamente en antítesis, la distancia, las distancias, y las proximidades, las aproximaciones.

Un suave vaivén entre acercarse y alejarse, entre esperar y recibir, entre dar y entregar, entre el silencio y las preguntas. Quien es capaz de esperar, hasta la próxima vez, hasta el próximo encuentro, es porque doblaga su impaciencia, protege el rostro ajeno en el ritual conversacional y escucha.

Una metonimia nos pone en contacto con Clara (¿o María Cleofé?) y un libro, debajo de la alfombra en donde antes el hombre dejaba las monedas, nos inquieta. Este objeto es un préstamo del hombre hacia la niña...y con él se suceden los numerosos ejemplares que van y vienen junto con la ropa sucia y la ropa limpia, en una transformación y transferencia de cualidades negativas a positivas, de la suciedad, a la limpieza, a lo perfumado, al cuidado por otras manos. De la no lectura al conocimiento de lo poético. Así es posible advertir que en el transcurso de días y días Clara va leyendo y leyendo, por los caminos de su infancia, y suponemos, en su casa, en su cuarto, en el mundo de la experiencia.

El diálogo se hace presente para que el hombre pregunte acerca del libro preferido de la niña de los zapatitos rojos. Y Clara, mediante un pronombre le dice que su preferido es el de la princesa, que curiosamente tiene tapas rojas. El mismo es otro anudamiento con el cuento de la Bella durmiente, las tres hadas, el nacimiento...y la gran fiesta con los dones y la magia salvadora. El hombre en la ventana no sólo le ha

contado el porqué de su aislamiento (que no espoilearemos) sino que le obsequia el ejemplar.

Es en este punto donde la pequeña, sin asombrarse por el amor desolado del hombre (¿por qué debería asombrarse ante el amor y encerrarlo en ortodoxas taxonomías, que no son más que construcciones sociales, históricas, políticas no absolutas?), por el portarretrato que lo muestra acompañado, urde un plan para liberarlo pero no nos lo comunica. Olvida motivadamente el libro obsequiado (que ya ha leído) en la casa del solitario, sabiendo que lo que él necesita para abrirse al mundo es coraje. De este modo, nuestra pequeña Clara de zapatitos rojos entrega la llave de la libertad a este hombre enamorado, y lo empuja a salir hacia la calle, hacia el pueblo, hacia la vida, puesto que cuando este advierte el olvido, no tiene más remedio que abrir la puerta, y echar a andar nuevamente.

Es muy interesante advertir que *Clara y el hombre en la ventana* nos ofrecen una propuesta que no ha sido trabajada con tanta sabiduría y dulzura, abocándose poéticamente a resolver un amor diferente de los héteronormados.

El género es, tal como lo afirma Gabriela Larralde (2014), una construcción. Es ese modo con el cual nos identificamos. Por ello el mismo lenguaje necesita transformarse para incluir a las personas con otras identificaciones, quienes habitan este mundo. Las palabras ya no alcanzan, no son suficientes para nombrarnos. Porque, estas personas con diferentes autopercepciones, ¿dónde pueden estar, a qué escuelas deben ir, qué trabajos pueden realizar, por qué sus derechos no son respetados, hasta qué edad vivirán, cuáles son sus posibilidades para entrar en conjunción con los bienes incompressibles, esos que no pueden faltarnos, según la voz de Antonio Candido (2004)?

Y aquí es donde debemos realizar un acto de reconocimiento de nuestras responsabilidades como docentes, como lectores, como mediadores.

Hay algo en la relación entre la ficción destinada al público infantil y la realidad que permanece en las tinieblas, porque cuestionamos la narrativa didáctica, pero al mismo tiempo creemos que las que cuentan el mundo de otra manera, las que rompen con estereotipos, las que sospechan del orden de las cosas, los hará más incrédulos y ese es el valor que elegimos. Aunque la incredulidad deberá detenerse en algún punto, en lo que nosotros establecemos como válido, por un lado. Y por otro, la curiosa particularidad en relación con los temas tabú que determina el contexto escolar donde

los mecanismos de autocensura por parte de los adultos funcionan, por diversos y complejos motivos, acieadamente. Podríamos preguntarnos por qué toleramos más el hambre, la miseria y los abusos sexuales que las historias que dan cuenta de ello, o nos conducen a pensar en ello.

En esta propuesta, Andruetto pone sobre la mesa el amor entre dos sujetos. Un amor que percibimos lleno de poesía, al amparo de la naturaleza, con una biblioteca en la que hundirse para conocer otros mundos, esos que son aceptados rápidamente por los niños y niñas, con una inocencia que nos habla de cuánto debemos aprender de ellos y ellas, esos a los que muchas veces les negamos la palabra, los sueños y los deseos.

Y es que, del mismo modo, es necesario pensar que toda narrativa de lo ya sucedido necesita de un vocabulario que surja a posteriori de lo que sucedió porque el mundo, con su grilla categorial fue concebido en un tiempo pretérito. En consecuencia, hay que construir una nueva para nuestro mundo. Tanto es así que el lenguaje que usamos ya no nos alcanza para nombrarnos, debemos recurrir a nuevos términos, que molestan a los sectores conservadores. Ese lenguaje pasa por el tamiz del demérito en el caso del género. Y con estos rechazos, se vulneran las posibilidades de los sujetos. La gramática impone sus reglas de configuración estructural, pero las sociedades, las comunidades lingüísticas miran y usan la lengua como miran los vientos zondas, los tsunamis o los amaneceres. Y para nombrar lo nuevo, transitan un camino que finalmente deja huella, aportando nuevos vocablos, y desechando otros. Nunca más cierta la afirmación de la vitalidad del lenguaje. Ese pensarse y nombrarse en contextos de quiebre y de transición, de permanencia y cambio. Por ello, tanto la raza como el género, se constituyen como atributos de una biologización negativa para nombrar la desigualdad, afirma Rita Segato (2014). Raza y género fueron y son signos de la derrota en una guerra que no ha terminado, en un proceso de conquista que nunca se canceló, que está siempre en curso, pero que un día debería acabar.

Sin embargo, y a pesar de tanta conflictividad, nuestra pequeña Clara de zapatos rojos, de andar rojo, de pensar rojo... ha superado las tres pruebas de aquel héroe trágico. Lo ha hecho para entregarnos a un hombre que ha abierto la ventana, la puerta y ha salido a disfrutar de otra vida, mientras una ráfaga de viento lo acaricia con palabras que le permiten decirse de otro modo, con otro género, el que él y otros han elegido para la infinita conversación que es la vida...

Figuras



Figura 1. Una fotografía de Hine (Fotografías tomadas entre 1904-1909).



Figura 2. Fotografía de Hine.

Referencias bibliográficas

- Andruetto, M. T. (2018). *Clara y el hombre en la ventana*. CABA, Limonero.
- Bettelheim, B. (1986). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Bodoc, L. (2017). La literatura en tiempos del oprobio, Liliana Bodoc (2017, abril, 11). Recuperado de <https://youtu.be/qsZ1S1iSBSA>
- Bodoc, L. Taller de escritura. (2016, mayo 16) Recuperado de: <https://youtu.be/JHQM6bkt7Gs>
- Dussel, I. (2004). (2015, agosto 21) Desigualdades sociales y desigualdades escolares en la Argentina de hoy. Algunas reflexiones y propuestas. En publicación: Desigualdades sociales y desigualdades escolares en la Argentina de hoy. Algunas reflexiones y propuestas. Inés Dussel FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Argentina. 2004. Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/argentina/flacso/dussel.pdf>
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula*, Lumen. España.
- Larralde, Gabriela. (2014) *Los Mundos Posibles, un estudio acerca de la Literatura LGBTTTI (lesbiana, gay, bisexual, travesti, transexual, transgénero, intergénero) para niñxs*, Buenos Aires. Ed. Blatt & Ríos.
- Latella, G. (1985). *Metodología y teoría semiótica. Análisis de Emma Zunz de J.L. Borges*. Buenos Aires, Hachette.
- Malosetti Costa, L. (2005). “¿Una imagen vale más que mil palabras?: una introducción a la “lectura” de imágenes”, en *Curso de posgrado virtual Identidades y pedagogía. Aportes de la imagen para trabajar la diversidad en la educación*, Buenos Aires, Flacso.
- Montes, G. (2012). *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México: F.C.E.
- Moon, S. (fotografías) y Perrault, C. (texto). (1984). *Caperucita Roja*. Traducción de Joëlle Eyheramonno. Madrid, Ediciones Generales Anaya, Colección Ratón Pérez.
- Pardo, R. (2018). (2014, mayo 2) *En la retaguardia: imagen, identidad y memoria*. Barcelona. Recuperado de <https://rebecapardo.wordpress.com/2014/05/02/lewis-hine-el-padre-de-la-fotografia-social/>

Propp, V. (1971). Morfología del cuento, seguida de Las transformaciones de los cuentos maravillosos y de El estudio estructural y tipológico del cuento por E. Meletinski.

Madrid: Ed. Fundamentos.

Sanchez Corral, L.S. (1995). Literatura infantil y lenguaje literario. Madrid, Paidós.

Segato, R. (2014). La guerra contra las mujeres. Buenos Aires. Prometeo Libros.

Wittig, M. (2006). El pensamiento heterosexual y otros ensayos. Barcelona. Egales.